



*relato*



«HOLA A LOS DE AHÍ ABAJO, SOY VUESTRO CANDIDATO, LYNDON JOHNSON», gritaba desde un helicóptero el futuro presidente de los Estados Unidos en la campaña para el Senado, en 1954.

Yo nací el 20 de noviembre de ese mismo año. Mientras Johnson volaba por el cielo americano, los españoles vivíamos sumergidos en la oscuridad. Nací en un piso bajo del barrio barcelonés del Ensanche, desde el comedor veíamos pasar a los transeúntes como si estuvieran decapitados y sus cabezas continuaran andando. Mi padre, que era sastre, solía decir que el balcón de nuestra casa era como América, y que la calle era el resto del mundo. El oficio de mi padre y su opinión de la vida, influyó en que iniciara la novela *Muntaner*, 38 con una cita de Samuel Beckett, en la que el cliente recrimina al sastre con estas palabras: Dios hizo el mundo en seis días y usted no es capaz de hacerme un pantalón en seis meses. A lo que el sastre le responde: Pero señor, mire usted el mundo y mire su pantalón.

Los autores de las novelas desaparecen cuando empiezan a caminar sus personajes. Hoy apenas recuerdo *Muntaner*, 38, *El vendedor de rosas* o *Los que no están*. Pero un día escribí esas novelas y, de vez en cuando, me vienen a la memoria pasajes y palabras que creía olvidados. Hace pocos días, por ejemplo, alguien me comentaba un párrafo de *El vendedor de rosas* que yo no recordaba, le dije que, probablemente, nunca había escrito tal cosa. Cuando llegué a casa consulté la novela y comprobé que el lector tenía razón. A menudo olvido los textos que escribo, como si fuera un mero copista de mis propias ideas, alguien que se limita a hacer el trabajo mientras piensa en otra cosa. Sin embargo, lo que más me preocupa es la confusión que se produce en

mi vida cotidiana entre la realidad y la fantasía, la influencia de una contamina a la otra y viceversa. Por eso les ruego que me perdonen si les cuento historias de mis novelas como si fueran hechos reales o les expongo como falsas situaciones que realmente han ocurrido.

«Nunca he estado en América. Cuando coloreaba los mapas ponía especial interés en esa tierra y al dibujar su contorno, pensaba en visitarla mientras iba pintando de azul las fronteras. Mi padre también marcaba con el jaboncillo el contorno de los patrones que colocaba sobre la tela. Tampoco estuvo en América. Sé que visitó una ciudad del extranjero, pero no recuerdo el nombre.

Vivíamos en el piso bajo de un edificio modernista del barrio del Ensanche. El balcón se levantaba a un metro escaso de la calle, en una manzana de comercios y portales tristes. La parte trasera del edificio daba a un patio cubierto por claraboyas debajo de las cuales se escondía el taller de mi padre.

Los límites del mundo se restringían al margen de acera que rodeaba la manzana. Un territorio ocupado por personajes que el paso del tiempo ha terminado por difuminar, lo mismo que el color de los países al rebajarlo con el algodón.»

Así comienza la novela *Muntaner, 38*, que terminé en pocos meses. Durante su elaboración sentí que alguien pasaba las 24 horas del día dictándome lo que tenía que escribir. Una voz que me hablaba como un hombre que sueña. Era el año 1994, mi padre había fallecido seis años antes, sin embargo el eco de sus palabras resonaba en mi cerebro. Las historias de la guerra civil que durante mi infancia y adolescencia nos había contado en la sobremesa regresaban a la memoria. La voz de mi padre era la del confidente que me dictaba la novela. Quién iba a decirme que muchos años después de aquellas largas sobremesas, yo iba a novelar tales historias desde diferentes miradas, no sólo en *Muntaner, 38*, sino también en *El vendedor de rosas* y en *Los que no están*.

Mi padre nació en 1915. Perteneció a la quinta de la guerra. Pero nunca estuvo en el frente. Lo declararon inútil. Él aseguraba que no tenía recomendaciones. Por lo visto estaba mal del corazón y el corazón lo salvó. Moriría casi cincuenta años después de la contienda, aquejado de una enfermedad distinta. Nos contaba que asistió a los hermanos Badía —los primeros muer-

tos independentistas— cuando los asesinaron unos pistoleros en el portal de nuestra casa. Uno de ellos tenía la cabeza apoyada en el tronco del plátano oriental que había enfrente y el otro en el escalón de la entrada. La madre, al oír los disparos, bajó llorando por calle Muntaner, intuyendo quienes eran las víctimas. Se arrodilló delante de sus hijos en la acera y los abrazó.

Ahora imagínense que estamos en 1964, han transcurrido diez años de mi nacimiento y veinticinco del final de la guerra, pero mi padre sigue obsesionado con ella, se comporta como si no hubiese acabado, de hecho está en lo cierto, porque la guerra civil no terminó hasta el año 1969, cuando el Consejo de Ministros, presidido por el jefe del Estado, decidió la prescripción de las responsabilidades penales para los delitos cometidos con anterioridad al primero de abril de 1939. Treinta años después, acababa la guerra civil. Sin embargo, dentro de la cabeza de mi padre continuaban librándose batallas que nos salpicaban a toda la familia en las sobremesas de los fines de semana. Imagínense, como les he dicho, que estamos en 1964. Entonces no teníamos televisión y guardábamos silencio oyendo las historias de mi padre y de los amigos de mi padre que venían a visitarnos, todos ellos eran protagonistas de hazañas bélicas, como los héroes de la colección de tebeos de guerra que yo coleccionaba. Cuando mi padre y sus amigos nombraban a los pistoleros, bajaban la voz y empleaban un tono distinto al que usaban habitualmente, un tono misterioso que nunca supe si era fruto del desprecio o de la admiración. Al oírlos, yo imaginaba a los pistoleros con la cartuchera, el chaleco y los pantalones de flecos que llevaban mis soldados de plomo americanos. Imaginaba América, porque en esa tierra brillaban, más que en ningún otro lugar del mundo, los héroes que aparecían los sábados por la noche en la pantalla del cine Emporio.

Al cine Emporio mi padre lo llamaba la Barraca. Allí veíamos cada semana dos películas de reestreno fatigadas de tantas proyecciones. En esa sala vi por primera vez las masacres del general Custer. Descubrí el deseo en los hombros desnudos de Jennifer Jones, en la espalda de Kim Novak y en la mirada melancólica de Marilyn. Pero, sobre todo, allí descubrí América, desde un vapor repleto de emigrantes que miraban emocionados la Estatua de la

Libertad. La ventana del cine Emporio era, sin lugar a dudas, mucho más divertida que el balcón de nuestra casa. En el mundo monótono, asfixiante y triste de la posguerra, el cine era la única aventura posible. El NODO intentaba mantenernos en la realidad, como la carta de ajuste de la tele, una realidad puntual, cuadriculada y aburrida, que se reflejaba en aquellas palomas grises que volaban en el NODO, como el candidato Lyndon Johnson con su altavoz y su helicóptero por el cielo de los Estados Unidos. Mi padre miraba hacia donde señalaba el dedo de la estatua de Cristóbal Colón y me decía: «De allí viene todo. No hay colores, ni ideologías, simplemente existe América. ¿Sabes una cosa? Somos simples hilos, bobinas, utilizados en el enorme taller del miedo, ignorándolo todo, sin querer saber nada de nuestro universo, de su estricta maquinaria». Mi madre también hablaba de la guerra, aunque de otra manera; porque ella vivió esos años en Haro, donde los soldados italianos iban de vacaciones; porque también los que hacen la guerra y libran absurdas batallas gozan de descanso, algunos incluso eterno.

La guerra de mis padres, Hollywood, mi fatídico nombre y la célebre fecha de mi nacimiento influyeron en la gestación de la novela *Muntaner*, 38. Llamarse José Antonio y nacer el 20 de noviembre, constituyen datos biográficos que marcan a cualquier persona que viva en territorio español; si la generación de mi padre estuvo marcada por la guerra, yo heredé sus secuelas. Al escribir la novela no pude abstraerme de la realidad. Aquel mismo día de mi nacimiento, pero dieciocho años antes, murieron José Antonio Primo de Rivera y Buenaventura Durruti. Y en idéntica fecha, aunque veintiún años después, falleció el general Franco, un nacimiento con demasiadas muertes alrededor. Mi padre decía que yo había nacido el día de todos los muertos. Me pusieron José Antonio, porque mi abuelo paterno se llamaba José y el materno Antonio, pero esa decisión salomónica resultaba sospechosa y difícil de satisfacer a los amigos de mi padre, que se mofaban de él, aun sabiendo que era cierto.

La guerra me perseguía. Intenté zafarme de ella al escribir *El vendedor de rosas*, hablar de otras cosas era una manera de tratar de olvidarla, pero la guerra volvía de nuevo, aparecía sin querer, se colaba en mi cerebro, camuflada,

como los pistoleros que iban vestidos de paisano, sin flecos en el chaleco ni en los pantalones de montar, mientras esperaban a las víctimas de noche en los portales y sólo la lumbre del cigarrillo los delataba.

El edificio de Muntaner, 38 aún conserva en la fachada las huellas de los balazos. Cuando en los años ochenta hubo una campaña para restaurar las fachadas de los edificios del Ensanche, que se difundió con el eslogan: «Barcelona, ponte guapa», la casa donde yo había nacido quedó igual que estaba, se mantuvo al margen de la restauración, como si fuera una reliquia del pasado, un lugar embrujado y misterioso, un espacio de ficción, una casa invisible, una isla en medio de una ciudad hipócrita que intentaba lavar la cara de sus edificios aunque, en el fondo, se mantuviera la misma vieja estructura. Cuando viajo a Barcelona y paso por calle Muntaner, siempre me detengo en el número 38, me quedo mirando el balcón del piso bajo, que permanece con los postigos cerrados, como si hubieran vaciado el acuario de mi viejo hogar, levanto la mirada y contemplo las flores mustias del piso principal primera, donde vivía en la novela Cristina Moslares, todo tiene un aire de abandono, como los decorados de una película que terminó de rodarse hace tiempo y nadie se preocupó de retirarlos. Miro las huellas de bala que permanecen en la fachada, imagino el balcón cuando fusilaban a la gente y me pregunto: ¿Viví realmente en esta casa o la he ido construyendo en la imaginación? ¿Se puede levantar un edificio por medio de poderes telepáticos? ¿Permanecerán habitando en Muntaner, 38 los personajes de la realidad o los inquilinos de la novela? ¿Adónde van los muertos de la literatura?

El protagonista del vendedor de rosas es el mismo niño que nació en aquel piso bajo del barrio del Ensanche, que ahora se convierte en testigo de una generación que buscaba playas bajo el asfalto de las calles. Una generación tan perdida como cualquier otra, que protestaba con flores y pregonaba el amor libre en una sociedad hipócrita, rancia e intolerante. Una generación que luchaba contra las guerras que el presidente del helicóptero declaraba en países lejanos. Lejos de América y lejos de Hollywood. Otra vez América y la guerra dejando su huella en las historias que yo escribía. El niño de Muntaner veía pasar jinetes armados por delante de su casa en la primavera de 1968.

El vendedor de rosas no pudo librarse de la sangre que rociaba con sus pétalos rojos las páginas del libro. Fue en esa novela donde el protagonista sufre una puñalada y el doctor que le atiende le desvela que tiene tendencia a cicatrizar mal, cosa que en el argot médico se conoce como «queloide», una hipertrofia en el tejido cicatrizal que no sólo afecta a las personas sino también a los estados. Había transcurrido más de medio siglo desde la guerra civil. No obstante, todavía algunos seguían marcados por aquella vieja herida que no terminaba de cicatrizar; a pesar de que la guerra había terminado hacía años parecían gustarles las causas perdidas.

Yo procuraba ver el pasado con perspectiva, analizar los problemas con cierta distancia, igual que el profesor de historia del arte, Ignacio Dávila, aconsejaba, en *El vendedor de rosas*, mirar los cuadros. Nos llevaba al Museo de Bellas Artes y nos situaba delante de las pinturas para luego irnos retirando de ellas, igual que la barca de Juan el Popeye nos alejaba de la ciudad. Los cuadros entonces no se volvían más pequeños, sino todo lo contrario, cobraban una nueva dimensión y descubríamos detalles que pasaban inadvertidos al mirarlos desde cerca.

Una mañana el profesor Ignacio Dávila llegó a clase con la imagen de un Cristo antiguo que habían encontrado en unas excavaciones que se estaban realizando. Nos dijo el siglo al que pertenecía la escultura y nos llevó al lugar del hallazgo. Entonces nos asomamos a un agujero tan grande que podíamos caber todos. Pensé que en algún sitio de la ciudad habrían excavado un agujero como aquél para enterrar la ballena y pensé también que bajo los cimientos de los edificios que se estaban construyendo, existían enterramientos de ballenas, tesoros y cadáveres asesinados. Y mientras el profesor Ignacio Dávila nos mostraba las distintas etapas de la historia grabadas en la tierra, descubrí que debajo de la ciudad existía otra ciudad mucho más interesante. Una ciudad prensada, como se prensan los coches y los libros para convertirlos en chatarra y papel y que en aquellos estratos dibujados en la tierra había ciudades comprimidas, con los habitantes, las casas y los sueños de los habitantes prensados, y que en ese lugar, como en el puño de Paquito el Místico, sobrevivía en silencio un mundo oculto y misterioso. Pero lo que yo entonces igno-

raba era que sólo dos años después de terminar *El vendedor de rosas* descubriría algo terrible al escribir la siguiente novela *Los que no están*: Mi padre estaba enterrado en una zanja, junto a otros cadáveres anónimos asesinados en la guerra. Al pensar en todo esto, deseaba que pasara el tiempo lo antes posible para hacerme mayor y morirme y que se murieran conmigo todos los personajes que yo había amado en mis novelas, para vivir muy cerca de ellos, cerca de mi padre y de Cristina Moslares, de Victoria y Amelia Castillo, vivir cerca de ellos, percibir su aliento, aunque estuvieran prensados.

La guerra es una experiencia definitiva, un acto de locura irremediable, no hay antídoto contra los habitantes de los países que han padecido esa experiencia. Yo no podía mirar para otro lado; ignorar el pasado, sepultarlo, me resultaba imposible. Antes tenía la obligación y el compromiso de saldar las cuentas pendientes con el pasado, fue entonces cuando me puse a escribir la novela *Los que no están*.

El argumento de la novela comienza a gestarse a raíz de una anécdota real que me contaron. Me impresionó tanto que decidí convertir cuatro líneas en doscientas páginas, tal vez porque guardaba relación con las historias que mi padre contaba en la sobremesa de los fines de semana. La historia era la siguiente: «En una ciudad del norte, durante la guerra, un hombre llegaba por las noches a los bares alardeando de los crímenes que había cometido. Hoy he dejado mudos a tres, hoy a dos, hoy he dejado mudos a cinco, decía. Al terminar la guerra el hombre enmudeció para siempre y, algún tiempo después, adoptó un niño con la espina dorsal bífida». Ésta es la historia y podría haberla abandonado en este punto si no fuera, como dice Nabokov, por el interés y el placer de narrarla. Pues aunque basta el espacio de una lápida para contener, encuadrado en musgo, la versión abreviada de la vida de un hombre, los detalles siempre se agradecen.

Fue en el Monasterio de Yuste donde escribí las primeras anotaciones de *Los que no están*, en la Navidad de 1999. Luego regresé al monasterio a dar una conferencia, pero yo sé que nada es casual, el destino quiso que volviera para visitar los lugares de la novela y reconocer a los protagonistas, porque los personajes de las novelas no se esfuman sino que se transforman en seres

reales y permanecen en el mismo sitio donde transcurre la historia. Lo descubrí cuando, tras escribir *Muntaner*, 38, Eugenio Madueño, un periodista de *La Vanguardia*, se dedicó a entrevistar a los vecinos de ese edificio del barrio del Ensanche donde transcurría la novela. Algunos se reconocían en los personajes, aunque tuvieran otro nombre, y comentaban las cosas que yo decía como si les concerniera directamente. La protagonista de la novela era Cristina Moslares. La vecina del principal primera se pensaba que cuando nombraba a Cristina me estaba refiriendo a su hija que se llamaba Magda Torrens. Para ser sincero he de confesar que al citar a Cristina, solía pensar en la hermana de Magda que se llamaba Nuria y, sobre todo, en una mujer que vivía a muchos kilómetros de aquella casa. Pero doña Ina, que era la madre de Magda y de Nuria, y también de Flora y de Rosa, se quejaba amargamente al redactor de *La Vanguardia* de las cosas que yo decía de su hija, declaraba que ella comprendía que a esa edad el sexo es importante, pero que lo que yo había escrito, que por supuesto era todo inventado, le había sentado fatal al marido de Cristina, que no se llamaba Cristina sino Magda, hasta el punto de que habían decidido separarse. Y decía que los conocidos la llamaban por teléfono para comentarle: «Vaya, vaya, con tu hijita», y añadía que estaba aturdida con la dichosa novela. Al final, el periodista concluía el artículo con la esperanza de que no me pasara como a Candel, cuando publicó *Donde la ciudad cambia de nombre*, que los protagonistas se reconocieron e intentaron lincharle. Yo leí esa larga entrevista de *La Vanguardia* que se titulaba «Revuelo en Muntaner, 38», y me sorprendí de pronto escribiendo una carta a los vecinos, disculpándome por las historias que había inventado sobre unas personas con las cuales ellos no guardaban ninguna relación. Estaba escribiendo por primera vez en mi vida una carta que iba dirigida a los personajes de mi novela. La fantasía se había apoderado de la realidad y los personajes de papel se habían convertido en seres de carne y hueso. Magda y Nuria fueron mis dos amores platónicos de la adolescencia, pero tuvieron que pasar más de treinta años para que consiguiera llamar su atención. Después supe que ambas se disputaban el protagonismo de ser Cristina Moslares, porque las dos estaban seguras de serlo. Esto lo conseguí

gracias a la literatura.

Cuando comencé la novela *Los que no están*, no quise tropezar dos veces en la misma piedra y tomé la precaución de llamar a los protagonistas con los nombres de los soldados que aparecían en las lápidas del Cementerio Alemán que hay junto al Monasterio de Yuste. Pensé que siendo extranjeros y, sobre todo, estando muertos, sería más difícil que dieran conmigo. Los protagonistas de mis propias novelas se habían convertido en fantasmas y yo era el lugar de las apariciones. Como ustedes pueden comprobar, el mundo de la ficción invade mi vida, se cuele en ella y me confunde, hasta el punto de que a menudo no sé en cuál lado estoy.

Pero regresemos al mundo de la ficción. La vida del coronel de la novela estaba sembrada de muertos. Hombres caídos por Dios y por la Patria y hombres sin vida dentro de un cuerpo que continuaba moviéndose como el cuerpo del coronel. El coronel era quien dejaba a los hombres mudos. Muchos años después de la guerra, la gente lo señalaba por la calle y decía: «Ése mataba en la guerra». Y el hombre que mataba en la guerra había adoptado a un niño que, con el paso del tiempo, sería el encargado de relatar la historia de su padre. El coronel aprovechaba las vacaciones de Semana Santa para visitar a los viejos camaradas que habían caído en el cumplimiento del deber. Uno de sus últimos viajes antes de morir fue, curiosamente, a Cuacos de Yuste. Cuando fui a Yuste para comenzar la novela, cualquiera que se hubiese cruzado en mi camino sostendría que había visto a un hombre hablar solo por la calle, visitar el Cementerio Alemán y tomar notas en una pequeña libreta que paseaba por la carretera que hay entre Cuacos y el monasterio, fijándose en todo lo que veía, como si tuviera que grabar cada detalle en la memoria para luego denunciarlo. El hombre que paseaba hablando solo era el autor de una historia que en aquel momento se estaba fraguando en su cabeza, por eso cada detalle dejaba su huella, como las hojas de los castaños sobre el suelo por donde paseaba el coronel. La historia de los que no están.

Después regresé a dar la conferencia y los personajes de ficción estaban delante de mí. De nuevo vi al coronel recorriendo en silencio las estancias del monasterio y me estremecí al vislumbrar su presencia entre el público.

¿Adónde van los muertos de la literatura? A ningún lado, se quedan para siempre en el territorio donde fueron concebidos, esperando a que un día regrese su creador a pedirles cuentas, como me ocurrió a mí con los personajes de Muntaner y con los del vendedor de rosas. Como me pidieron cuentas en silencio los que no están. Volví al Monasterio de Yuste para acudir a la cita con el coronel y repasar con él la vida y la guerra antes de su muerte. Volví para hablar de una serie de personajes que nunca dejarán de vivir las secuelas de la guerra civil, si mi venganza fue matar al coronel, la suya será resucitar cada vez que abro el libro o visito su territorio. El coronel nunca halló la paz, porque los enemigos estaban por todas partes y era preciso mantenerse alerta. Por eso siguió librando batallas dentro de su cabeza hasta el último instante de su vida. Él y los suyos vivían en un acuario, como el niño de Muntaner, 38. El enemigo estaba fuera y nunca descansaba. Al final de sus días, en 1995, seguía sin comprender cómo el enemigo estaba de nuevo en casa, había regresado del exilio y se dejaba ver por los lugares públicos, exultante, igual que si hubiera ganado la guerra y dejado a dos millones de hombres mudos. Pero, junto a esa vehemencia, el coronel de la novela gozaba también de momentos de lucidez. Vivía inmerso en un laberinto submarino, de vez en cuando sacaba la cabeza a la superficie para mirar el cielo, sentir el aire en la cara y comprobar que todo estaba vivo. Se quedaba quieto, sin hablar, encerrado aún más en su propio mundo, sin salir de él para nada, como si viviera en un libro, revisando el pasado a solas consigo mismo y grabándolo en un viejo magnetófono. Su cuarto entonces se convertía en uno de aquellos refugios de la guerra. Un lugar escondido en medio del ruido y la miseria. El odio y la muerte. Un sitio para retirarse, como el que eligió el emperador Carlos. Fuera estaba el peligro. Desde dentro oía voces, gritos, ráfagas de vida que pasaban por delante de él como fragmentos de una película. Fragmentos que ahora yo veo a través de sus ojos de ceniza. Fragmentos de la novela de los que no están. Fragmentos como el cuerpo desnudo de Eloísa Almendros en el resquicio de luz de su cuarto. Como las imágenes tristes y desvaídas de la Casa de Misericordia. Como la piscina del teniente coronel Hurtado. Fragmentos rectangulares que volaban en la imaginación como volaba el nombre

de Petra Capo por el cielo azul de la playa, escrito sobre una pancarta de tela con agujeros; porque todos los domingos de verano José Rico el Regalado alquilaba una avioneta para exhibir el nombre de su mujer y demostrarle su amor. Fragmentos en los que el Regalado pedía perdón en voz alta. Fragmentos que volaban sobre los bañistas y la propia Petra Capo, que estaba habituada a estas ostentosas declaraciones de amor. Temblaban como temblaba en el agua de la piscina la serie de fragmentos desastrosos en que se había convertido el pasado del teniente coronel Jacinto Hurtado Carbonell. Fragmentos de tela con agujeros que parecían balazos y que recordaban las prendas infantiles que llegaban a la Casa de Misericordia. Fragmentos como los peldaños de la escalera que descendía al refugio. Como las calles del laberinto. Como el mundo tras la ventana de casa. Como la mesa donde mi padre y los amigos de mi padre jugaban la partida apostando por una sociedad distinta. Como las ciudades que dormían deshabitadas bajo el tablero de mandos del caza del coronel. Como la caja de chocolate blanco donde metieron a Nieves. Como las cajas de los camiones donde amontonaban a los muertos. Como los ataúdes, las cunetas y las trincheras. Como el recuadro que separaba el cuadro del maquinista de la sala de proyección. La sala donde permanece sentado el niño de Muntaner, el niño que más tarde vendería rosas por las calles del barrio de Gracia, el mismo niño que pasó la infancia en la Casa de Misericordia, o en el patio interior, fragmentado y gris, de una manzana del Ensanche, hasta que el coronel lo adoptó. Como el rectángulo de férreas aristas donde vuelan los presidentes. Como la pantalla donde un haz de luz misterioso creaba personajes que se movían como si fuera la vida real, como los personajes que se retorcían en el cielo del crematorio. Como el fragmento rectangular de jardín donde están enterrados los protagonistas de la historia, los sueños, los anhelos y las frustraciones, los muertos y los supervivientes de las diferentes guerras, están quietos y en silencio, como si fueran estatuas que ellos mismos se hubieran levantado en vida para inmortalizarse.